

gativo y sanguinario; como jefe de imperio no tuvo tampoco el privilegio de ser siempre favorecido por la fortuna, y si triunfó frecuentemente de su principal adversario, el «perro romano» Nicéforo, emperador de Oriente, sus territorios fueron muy perjudicados al Este y al Oeste; murió asesinado en un encuentro con los rebeldes del Khorassan.

El gran movimiento de viajes que siguió á la explosión del mahometismo y sus conquistas, tuvo una importancia análoga á la que se produjo después con el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los viajeros árabes se sintieron impulsados por un verdadero frenesí de desplazamiento: las relaciones de los historiadores, de los geógrafos y de los peregrinos nos los muestran siempre por caminos y veredas, yendo de Occidente á Oriente y de Oriente á Occidente, y encontrando en todas partes, desde la China á Marruecos, huéspedes amables, conocidos, amigos y parientes. La orden del profeta relativamente á la visita de la Meca excitaba á ese perpetuo viaje de un cabo al otro del mundo, y los Arabes se prestaban á él con tanta mayor buena voluntad, cuanto que, gracias á la solidaridad creada por la unidad de creencia, podían solicitar en todo país las funciones correspondientes á su mérito, y que las costumbres polígamas les permitían crearse en cualquier parte una nueva familia. En el siglo X especialmente ese gusto por los viajes desplazó el mayor número de aventureros y de sabios. Massudi se aplicaba estas palabras de un poeta árabe: «Tanto me he alejado hacia el Poniente, que he perdido hasta el recuerdo del Levante, y mis excursiones se han prolongado tanto hacia el Levante, que he olvidado hasta el nombre del Poniente».

Conquistadores de la tierra, los Arabes habían conquistado también el mar: hacia el Este, el golfo Arábigo y el golfo Pérsico, el mar de Omán y el Océano Indico les pertenecían; al finalizar el primer siglo de la hegira, los navegantes árabes traficaban ya en Cantón; cien años después habían transferido su depósito principal hacia la desembocadura del Yang-tse y poseían además un mercado importante en la península Malaya¹. Al Oeste disputaban á los cristianos la posesión del mar Negro, del mar Egeo y de todo el Mediterráneo.

¹ R. Beazley, *Medieval Trade and Trade Routes*.

Dueños de España y de algunos puntos del litoral de Provenza, de Liguria y de Italia, trataban también de apoderarse de las islas; al finalizar el siglo VIII ocupaban las Baleares, después se establecían en Cerdeña y en Sicilia y acababan por dominar esta isla de uno á otro extremo; por último, en el centro mismo del Mediterráneo poseían la isla fortaleza de Malta, cuya población, completamente arabizada, acabó por adoptar su lengua y sus costumbres; resultando, como decía después el historiador Ibn Khaldun con un orgullo que, no obstante, se excedía de la verdad, los Arabes en el siglo XI mandaban sobre todas las comarcas que rodean el «mar de Roma»..... «Los cristianos ni siquiera podían hacer flotar en él una tabla».

La dominación de los Arabes sobre el mar no pasó tampoco sin que hubiesen realizado importantes progresos científicos, dejando, por consiguiente, nuevos conocimientos á sus sucesores. Así, por ejemplo, las tablas astronómicas de Abul-Hassan, que vivía en el siglo XIII, indican sobre la costa del Mediterráneo 130 posiciones de lugares que no se hallaban sobre las tablas de Ptolomeo. Además, los errores del geógrafo griego se rectifican notablemente, puesto que

mientras la longitud de la cuenca principal del Mediterráneo, desde Tánger á la Trípoli de Siria, era de 62 grados en las tablas de Ptolomeo, la diferencia de longitud de esos dos puntos queda reducida á 42°30', no excediendo más que 52 minutos las medidas exactas debidas á los astrónomos modernos.



Col. Luynes.

Cl. Giraudon.

PUÑO DE ESPADA MORA
(SIGLO XV)
LLAMADA ESPADA DE BOABDIL

(Bib. Nac., Paris)

Pero ¿cómo y por qué serie de esfuerzos pudieron llegar los Arabes á tan admirable aproximación científica? La carencia de documentos dejan obscuro ese importante asunto, no permitiendo responder con certidumbre. A lo menos ese resultado atestigua estudios incesantes y observaciones continuadas durante mucho tiempo por los navegantes árabes; pero desgraciadamente para sus ignorantes vecinos, fué trabajo inútil el acumulado por esos grandes progresos en el conocimiento de la Tierra, porque, bajo el dominio de la intolerancia religiosa, los errores de Ptolomeo no dejaron de ser enseñados en las escuelas cristianas hasta el Renacimiento¹.

En la época en que aquellos dos grandes luchadores, el kalifa Harun-al-Rachid y el emperador Carlomagno, representaban á los ojos de los pueblos esclavizados los dos mundos opuestos del Islam y del Cristianismo, casi se mantenía el equilibrio entre las opuestas fuerzas en lucha: los cristianos distaban mucho de hallarse bastante unidos, ni tampoco eran suficientemente fuertes para rechazar los invasores árabes de España y de las islas del Mediterráneo, en tanto que por su parte los musulmanes, aunque conservando casi en todas partes la actitud ofensiva, no estaban suficientemente armados para apoderarse de la una ó de las dos ciudades simbólicas de la dominación cristiana, Roma y Constantinopla. La primera, situada en el interior del país, no hubiera podido ser sometida más que por una gran expedición militar, y los Arabes esparcidos por el contorno del Mediterráneo no podían organizar más que incursiones de piratas, como la verificada en 846, cuando los Sarracenos llegaron á saquear los suburbios de Roma, devastar las iglesias y llevarse las reliquias sagradas. Y en cuanto á la segunda Roma, la de Oriente, los Arabes habían llegado dos veces hasta tocar sus muros, pero la firmeza militar de la ciudad era demasiado sólida, su recursos estratégicos eran también muy grandes y su abastecimiento por mar y por tierra era harto fácil para que el sitio pudiera tener buen éxito, por lo que los asaltantes, desistiendo forzosamente de su empeño, tuvieron que

¹ Cosimo Bertacchi, *L'Italia e il suo Mare*, «Bol. Soc. Italiana», Agosto de 1900, páginas 708 y siguientes.

limitarse á la ocupación de las inmediaciones de la península del Asia Menor.

El estado de equilibrio entre los dos grupos de pueblos y las dos civilizaciones del Norte y del Mediodía no podía romperse sino por la entrada en escena de otros elementos étnicos: los Normandos y los Turcos.

